

Carencias

7

Vi a mi marido en la calle. Yo estaba sentada en los escalones de la biblioteca nueva.

Hola, mi vida, dije. Una vez estuvimos casados durante veintisiete años, así que me sentí justificada.

Él dijo, ¿Qué? ¿Qué vida? No la mía.

Dije, Bueno. No discuto cuando hay verdadero desacuerdo. Me levanté y entré a la biblioteca a ver cuánto debía.

La bibliotecaria dijo treinta y dos dólares exactos y los has debido desde hace dieciocho años. No negué nada. Porque no entiendo cómo pasa el tiempo. He tenido esos libros. Con frecuencia he pensado en ellos. La biblioteca está a sólo dos cuerdas de la casa.

Mi ex marido me siguió al escritorio de los libros devueltos. Interrumpió a la bibliotecaria, que tenía algo más que decir. En muchos sentidos, dijo él, cuando miro hacia atrás, atribuyo la disolución de nuestro matrimonio al hecho de que nunca invitaste a los Bertram a cenar.

Es posible, dije. Pero mira, si recuerdas: en primera, mi papá se enfermó ese viernes, luego nacieron los niños, luego yo tenía esas juntas de los martes por la noche, luego empezó la guerra. Luego como que ya no los conocíamos. Pero tienes razón. Debí haberlos invitado a cenar.

Le di a la bibliotecaria un cheque por treinta y dos dólares. Inmediatamente confió en mí, olvidó mi pasado, saldamos cuentas, que es justo lo que la mayoría de las demás burocracias municipales y/o estatales no harán por uno.

Saqué los dos libros de Edith Wharton que acababa de regresar porque los había leído hacia demasiado tiempo y ahora venían al caso más que nunca. Eran *La casa de la alegría* y *Los hijos*, que trata de cómo cambió la vida en los Estados Unidos en Nueva York en veintisiete años cincuenta años atrás.

Una cosa buena que recuerdo es el desayuno, dijo mi ex marido. Me sorprendí. Lo único que desayunábamos era café. Entonces me acordé del agujero que había al fondo del closet de la cocina que daba al departamento de al lado. Ahí, siempre comían tocino ahumado. Esto nos daba una sensación grandiosa de lo que podía ser un desayuno, pero no comerlo nosotros nos libró de abotagarnos.

Eso fue cuando éramos pobres, dije.

¿Cuándo fuimos ricos?, preguntó.

Bueno, a medida que fue pasando el tiempo, que nuestras responsabilidades aumentaron, nunca nos faltó nada. Tú te encargabas bien de nuestra situación financiera, le recordé. Los niños iban de campamento cuatro semanas al año abrigados con ponchos, equipados de bolsas de dormir y de botas, como todos los demás. Se veían muy bien. Nuestra casa era cálida en invierno, y teníamos almohadas rojas muy bonitas y otras cosas.

Yo quería un velero, dije. Pero tú no querías nada.

No seas amargo, dije. Nunca es demasiado tarde.

No, dije con una gran carga de amargura. Puedo conseguir un velero. De hecho ya di un adelanto para uno de cinco metros y dos apareadores. me está yendo bien este año y tengo razones para creer que me irá mejor. En cuanto a ti, es demasiado tarde. Nunca querrás nada.

Había tenido el hábito a lo largo de los veintisiete años de hacer un comentario mezquino que, como herramienta de plomero, podía meterse por el oído y atravesar

mi garganta casi hasta llegar a mi corazón. Entonces desaparecía, dejándome atragantada. Lo que quiero decir es que me senté en los escalones de la biblioteca y él se fue.

Examiné la casa de la alegría, pero dejó de interesarme. Me sentí extremadamente acusada. Bueno, es cierto, estoy escasa de peticiones y de necesidades absolutas. Pero sí quiero algo.

Quiero, por ejemplo, ser una persona diferente. Quiero ser la mujer que regrese estos dos libros dentro de dos semanas. Quiero ser el ciudadano efectivo que transforme el sistema escolar y que sea capaz de pronunciarse ante el comité respectivo en relación a los problemas de este querido centro urbano.

Había prometido a mis hijos poner fin a la guerra antes de que ellos crecieran.

Quise haber estado casada para siempre con una persona, mi ex marido o mi marido actual. Cada uno tiene suficiente carácter para toda una vida, que como se ve no es tanto tiempo que digamos. Uno no podría agotar las cualidades de ninguno de los dos ni penetrar sus razones en una corta vida.

Justo esta mañana me asomé por la ventana para ver la calle un rato y vi que los pequeños sicomos que la ciudad había plantado ilusionada un par de años antes de que los niños nacieran habían alcanzado ese día su plenitud.

¡Bueno! Decidí regresar esos dos libros a la biblioteca. Lo que prueba que cuando una persona o un acontecimiento se presente y me sacude o me valoriza puedo emprender una acción adecuada, aunque yo sea mejor conocida por mis observaciones hospitalarias.



GRACE PALEY. 1922. Poeta y cuentista estadounidense. Autora de tres volúmenes de cuentos: "Batallas de amor", "Enormes cambios en el último minuto" y "Más tarde, el mismo día"